

Tierra Ocupada Mario Briceño Iragorry

Cuando el Departamento de Estado creyó necesario a los intereses de Estados Unidos intervenir en la política de Nicaragua y de la República Dominicana, envió sus lindas y poderosas naves a las playas desguarnecidas de ambos países. La América hispana siguió con devoción ejemplar el calvario de Las Segovias, donde Sandino se convirtió en símbolo feroz de la resistencia contra el grosero invasor. Sandino no era un santo. Sandino fue una fuerza puesta al servicio de la América libre. La invasión se hacía entonces por medio del big stick con que el viejo cazador de tigres africanos quiso dominar la altivez de la América española.

Los medios han mejorado en los últimos años, y hoy para la ocupación no es necesario hacer uso de marinos ni de lindas naves de guerra. La ocupación se hace lentamente, suavemente, alegremente. No es preciso exponer el propio pellejo ni asustar a los indígenas. Todo lo contrario. Los indígenas se sienten profundamente complacidos. “No hay como los jugos americanos”, decía en estos días cerca de mí una fatua señora de la aristocracia caraqueña. “Eso de que a una no le quede ni el olor del verdín en la mano, es una gran cosa”. Esta señora es una legítima pitiyanqui, al servicio inconsciente de la invasión extranjera. Y lo que se diga de los enlatados, puede y debe decirse de los demás artículos importados. Son los marinos de la nueva ocupación, a quienes los alegres pitiyanquis abren festivamente los caminos de la nación.

Acabo de recorrer el inmenso valle de Quíbor y El Tocuyo. Hay sembrado un poco de sisal, que lejos de trabajarse en su totalidad, se exporta en su mayor parte como materia prima, con mengua de la industria nacional. La tierra está reseca y sedienta. También está sedienta la hermosa ciudad de Barquisimeto. Si esa tierra tuviese riego, allí crecería hasta el árbol del Bien y del Mal. Basta mirar las copas luminosas de los robles y de los araguaneyes que acusan la vecindad subterránea de las venas de agua, para pensar en el milagro que allí harían, sino unos embalses, al menos unos molinos de viento o unas bombas movidas con petróleo. Eso sería sembrar el petróleo para que naciese pan comestible. Pues en aquellos ardientes y desolados caminos se encuentra el pasajero a cada paso con los marinos de la ocupación. “Fume Camel”, “Tome Coca-Cola”, “El Chesterfiel es mejor”, “Sopa Continental de pollo y fideos”, “Beba Bidú”, “Consuma Avena Quaker”, “Coma queso Kraft”. Se olvidan quienes plantan estos avisos que al hacerlo arruinan la soberanía económica del país. Digo mal. Quienes lo plantan no saben lo que hacen. Hay mayores de edad que pueden hablar por sí propios. Aquellos obran inadvertidamente, como el recluta que dispara inconsciente contra su hermano. Los culpables son los pitiyanquis, que hacen el juego a los invasores. El pueblo que consume estas cosas es empujado a ello por sólo la propaganda y la moda. La publicidad al servicio irrestricto del extranjero es como la tienda de los Esfialtes. Ahora se le hace propaganda al camión amarillo de la “Coca-Cola”, como al “Mensajero de la Buena Vecindad”. Estamos. (En Francia e Italia se llama “cocacolos” a los pitiyanquis). A fin de que esa “buena vecindad” prospere, es necesario destruir todos los valores sencillos, ingenuos, amables que se conjugan para dar resistencia realista a las líneas morales de nuestra tradición nacional.

En Barquisimeto, tierra rodeada de ingenios y de trapiches, busqué un vaso de guarapo. Al fin de algunas vueltas, un chofer fue conmigo a la única guarapería que hay en la ciudad. Una sola venta de guarapo existe en la capital opulenta de la caña de azúcar. En

cambio, la ciudad ofrece el espectáculo desagradable de que se vean por todas partes los llamativos avisos de las bebidas extranjeras. Cuando yo rodaba por las calles de Barquisimeto, pensaba si tiene algo que hacer la superficie comercial de esta gran urbe con la urbe antigua, donde la República tiene guardados tantos valores de entereza y de cultura.

A fuer de imaginativo fabriqué mil cuadros argumentados en los funestos avisos que despersonifican las ciudades de Venezuela. ¿No se habrán dado cuenta las autoridades de que estos vistosos avisos son en realidad como banderas que anuncian el triunfo del enemigo? Para recibir a Boves, los colonialistas de 1814 ocultaban el tricolor mirandino y vestían la ciudad con las banderas que simbolizaban la soberanía fernandina. Era el más elocuente testimonio de adhesión al régimen victorioso. Los anuncios de mercaderías yanquis son el testimonio de nuestra inconsciente renuncia a la soberanía nacional.

Pero estos diligentes marineritos que libran tierra adentro la batalla de la ocupación, tienen sus magníficos cuarteles en las capitales. En Caracas y Maracaibo, pongamos por caso, existen esas maravillosas tiendas que se llaman Sears Roebuck. Son pedazos de Broadway y Brooklin trasladados a nuestro patrio suelo. Parecidos a estos establecimientos debieron haber sido los depósitos de la Compañía Guipuzcoana, contra los cuales se levantó en nombre de la Patria, Juan Francisco de León. Estos grandes almacenes indican la plenitud de señorío de los yanquis en nuestro suelo. Cuando uno piensa en la Embajada Americana, dominando a la ciudad desde la sagrada eminencia de un repliegue del Ávila; en los grandes palacios de la Creole; en los súper-almacenes de Sears; en las primorosas exhibiciones de automóviles, y en los mercados del señor Rockefeller, se siente como si le estuviesen aplicando Seconal-sódico. La conciencia se deshace y no sabe uno que capítulo de la historia está viviendo. Pues bien, cuando se inauguran estos grandes teatros del mercantilismo yanqui, hay derroche de regocijo criollo, y hasta el Obispo, arreado de capa pluvial y brillante mitra, los bendice, como si se tratase de bendecir un manadero de agua clara.

Vigorosamente guarnecidas y vigiladas por el ojo militar pueden estar nuestras costas. Ello no obsta para que los marinos de la ocupación sigan entrando. Y sigan siendo alabados por los pitianquis. Su derrota y expulsión es problema de conciencia y problema de realidad. Necesitamos una vigilante actitud que nos permita detener el paso a estos festivos intrusos. Cerrar una fila de conciencias que ni se abran a los halagos fáciles ni se dejen rendir a los cantos de sirena. De otra parte, mirar hacia una tierra que pierde, por el abandono, su alegría salvadora. Lo que nos da su entraña opulenta, convertirlo en riego, en máquinas y abonos que hagan cuajar y multiplicar las diversas cosechas con que abastezcan las industrias y mercados. Nuestro petróleo y nuestro hierro, retornarlos a la tierra en ferrocarriles, en diques, en tractores, en molinos que aumenten la verdura de un suelo que pierde, por la sed y el abandono, la alegría antigua. La antigua alegría de las tierras cultivadas por hombres libres, que sabían vivir la digna pobreza con que aseguraba el derecho a morir como ricos e independientes...